

Recensiones

Hector M. Patmore, *Adam, Satan, and the King of Tyre. The Interpretation of Ezekiel 28:11-19 in the Late Antiquity. Jewish and Christian Perspectives* 20. Leiden, Boston: Brill, 2012. Pp. 262. ISBN 978-90-04-20722-69, \$ 120.00 (hardback: alk. paper).

La gesta de este libro se concretó con la finalización de la tesis doctoral del autor en la Universidad de Durham en 2008. Su formato actual concluyó, tras significativas revisiones, en el Instituto Kenyon en Jerusalén, resultando en lo que hoy es el libro *Adam, Satan, and the King of Tyre*. El autor aborda un tema controvertido buscando encontrar dónde se origina la interpretación cristiana de Ezequiel 28:11-19. Al hacer esto su propósito es definido, él busca saber qué se ha dicho, o más bien, cómo se lo ha expresado, y por qué se dijo eso.

Contra lo que algunos tal vez podrían esperar, hay una discrepancia entre las creencias hebreas y cristianas en lo referente a los actores del pasaje ezequiélico. La rabínica desde muy remotos tiempos vincula Génesis 1-3 con Ezequiel 28:11-19. Esta tradición identifica a Hiram, el rey tiriano que ayudó a Salomón en la construcción del Santuario, con la mención de Ezequiel.

Al ir a los Padres de la Iglesia, el autor descubre que ellos difieren radicalmente de sus contemporáneos rabínicos al interpretar Ezequiel 28:11-19. Según los representantes rabínicos el texto habla de Adán, en cambio para los padres de la iglesia el texto habla de Satán —incluyendo las fuerzas demoniacas que comanda— destituido y arrojado por su arrogancia. El autor examina a los pre-nicenos Tertuliano, Hipólito y Orígenes y también a los post-nicenos Cirilo de Jerusalén, Juan Crisóstomo, Jerónimo y Agustín de Hipona. Al examinar los escritos de estos el autor percibe que a ellos les resulta claro el resultado de la rebelión, pero el porqué, es decir el origen de todo es un misterio. Sin embargo, ellos inician una peculiaridad interpretativa, la cual es el uso de Isaías 14:4-21 en tándem con Ezequiel 28 para apoyar su interpretación. De manera explícita, Jerónimo, Agustín e Hipólito lo usan para establecer su argumentación que Ezequiel 28 habla del Diablo. Sin embargo, cuando el autor examina el contexto histórico de los Padres en general, él percibe que hay una conexión innegable de lo expresado en otras fuentes. Así, resulta evidente que ellos mismos son herederos de otras fuentes que les son contemporáneas tales como los textos apócrifos y los pseudo-epígrafes que fraguaron mucho de su ideología. Tal vez, un resumen de lo pensado por la patrología lo refleja más bien John Milton en su *Paraíso Perdido*. Allí se expresa con claridad que el texto de Ezequiel habla de Satán y específicamente de su estado inicial, el comienzo de su pecado, así como de su caída y expulsión. Aunque todos coinciden con esto, es Hipólito quien se remonta al futuro para exponer el pasaje como vinculado a la figura del Anticristo. Allí se encuentran las raíces de la interpretación protestante actual del Anticristo, tan popularizada en su serie de trece

novelas, algunas de las cuales han sido incluso llevadas a la “pantalla chica” con sonada popularización.

El examen de los targumin muestra una divergencia plena del sentido del texto hebreo del cual se ha basado. En esto resulta evidente que el targumista busca recordar a su lector que la destrucción del rey de Tiro no es un evento solitario, sino ciertamente parte de un diseño establecido a lo largo de la experiencia de Israel que a su vez muestra los varios momentos del deseo de Dios al intervenir en favor de su pueblo.

Con la LXX el autor encuentra que el texto griego difiere de lo que expresa el TM y de éste con el texto hebreo del cual trabajó el traductor. Además, la traducción hace del Sumo sacerdote judío el personaje central del pasaje, resultando una versión más bien libre. Esto muestra que el texto usado por el traductor griego fue otro con el que se encuentra en el TM. En realidad, la traducción al dirigir el oráculo contra el sumo sacerdote jerosolimitano muestra un interés político que el autor se aventura a decir que podría haber sido el sumo sacerdote helenizante Menelao.

Al revisar el texto hebreo aparecen dos tradiciones conservadas distintamente, una en el texto consonantal y otra en el masorético. La versión masorética habla del personaje central como un querubín morando en el santo monte de Dios, siendo su morada similar a la futura Jerusalén, tachonada de piedras preciosas. Sin embargo, el querubín se corrompe y Dios lo expulsa por sus atrocidades. La versión consonantal en cambio establece que el personaje no es un querubín. Este más bien fue creado como divino y morando junto al trono de Yhwh en la presencia divina, siendo representado por un querubín. Llevaba además un atuendo de lujo que lo lucía

con orgullo. Sin embargo, se corrompió no solo por sus contactos comerciales sino por su sentir interno. Debido a esto su primer guardián, quien es el querubín protector, y actuando por mandato de Dios lo expulsa de su morada esplendorosa confinándolo en una existencia miserable y vacía. El autor relaciona esto con pasajes como Isaías 14:12 y el Salmo 82 para concluir que esto da pie a una lectura de la imagen de Ezequiel como la de una deidad menor, un conflicto en el cielo y su consiguiente expulsión del panteón.

Patmore concluye correctamente que pese a estas diferentes interpretaciones del texto ezequielino, todas ellas asumen unánimemente tres entendimientos: (a) la armonía interna de la Biblia se debe a su origen divino; (b) la relevancia actual de las Escrituras debido a que su mensaje es también para la audiencia del presente siglo, y (c) el pleno significado del pasaje que se tenga de él es aún superficial, su pleno entendimiento requiere más investigación.

Por lo demás, el libro es uno obligado para los estudiosos de la Escritura y en especial para los especialistas de Ezequiel. Su bibliografía especializada y general es amplia y actualizada. Además los índices tanto de autores como de las fuentes utilizadas facilitan al lector el uso de esta valiosa obra.

Merling Alomía